



La pureza de
Matilde
Corín Tellado

Matilde ha crecido en un convento internacional recibiendo una esmerada educación pero aislada del mundo y sus pasiones. Muerta la matriarca de la familia y cumplidos los veinte años es hora de que regrese a la finca familiar de Sevilla. Allí le esperan Jaly, mujer curtida por los avatares de una vida nada fácil, que ejerce de veterinaria, administradora y alma máter del gran imperio patrimonial. Y Carlos Estévez, el legítimo heredero, que ha dedicado su vida a disfrutar del instante y apurar los placeres al límite. La presencia de la joven provocará una auténtica conmoción y una catarsis de nuevos sentimientos.

*Una mujer debe dar gracias a Dios
de que su marido tenga algún defecto.
Un marido intachable
es un peligroso observador.*

LORD HALIFAX

Uno

Carlos Estévez se apoltronaba, medio derrumbado en un sofá y daba grandes y profundas chupadas a un cigarrillo, cuyo humo expelía por boca y nariz y a la vez sus negros e inquisidores ojos seguían perezosos la silueta de Jaly.

Hablaba sin cesar, pero tampoco se detenía, de modo que Carlos además de seguirla con los ojos, la escuchaba con la ceja alzada, como si todo cuanto decía Jaly le estuviera sorprendiendo e interesando.

—Así que ya lo sabes —farfullaba Jaly al tiempo de moverse con increíble agilidad pese a sus bien cumplidos cuarenta años—, la abuela Inés nunca le dio explicaciones, el notario tampoco lo hizo y tú andabas por el mundo viviendo tu vida. Apareciste por aquí hace un año justamente cuando falleció la caduca señora Navarro. Me topaste a mí, que bregué siempre con todo este tinglado en calidad de veterinario, de jefe, de administrador y de viuda de un sinvergüenza que hizo muy bien al fallecer de accidente.

—¿No puedes dejar de moverte, Jaly, y hablar como las personas? Porque pienso que el asunto nos interesa tanto a uno como a otro. Yo en calidad de heredero y tú en calidad de todo eso que has hecho por este patrimonio. ¿Sabías tú

que un día, al fallecer la dama, esposa de mi difunto abuelo, todo pasaría a la rama paterna, es decir, a mí?

—Claro. Toda la vida, desde que cumplí veintiún años y me enterré en esta finca en calidad de veterinario y cometí el error de casarme con el encargado, capataz y administrador, oí decir las mismas cosas. Que la vieja y caduca dama era usufructuaria de por vida de algo que no les pertenecía a sus propios herederos.

—Es decir, a los Navarro.

—Exactamente.

Carlos decidió levantarse.

Vestía pantalón de pana, altas polainas leguis y una camisa a cuadros despechugada. El negro cabello lacio le caía un poco hacia la frente. Él lo sopló y se fue a servir un brandy.

Con la ancha copa en la mano, removiendo el dorado líquido fue a apoltronarse de nuevo en el diván estirando las piernas.

—Y ahora viene el drama, ¿no?

—¿Por qué? —protestó Jaly, que dicho en verdad era despejada, ágil y vital—. No tiene por qué existir tal drama. Yo fui siempre la encargada de ir a Ginebra a visitar a la interna.

—Pero tienes en tu poder una carta y en ella te dicen que adoptes una postura como tutora de la chica. O sacarla o convencerla para que profese.

—Eso es una de tantas barbaridades que se escriben para quedar bien y no gastar nada. Mat no tiene vocación de monja. Esto por un lado, y por otro, yo soy su tutora solo en sentido figurado, pues Mat tiene veinte años y por lo tanto es mayor de edad y no necesita tutora.

—Pero que yo sepa tampoco posee dinero.

—Una pequeña renta que heredó de su propia madre, si bien es tan exigua que, tal como están las cosas en el sentido económico, no le alcanzará ni para comprar horquillas —se alzó de hombros—. Te diré más, pienso que si

bien jamás mencionó la fortuna que supone el patrimonio de los Estévez, nunca dudó en cuanto a que no sería jamás de su pertenencia.

—¿Entonces?

—La iré a buscar. La aprecio, Carlos. Como te puedo apreciar a ti a quien nada me acerca referente a parentesco. Has estudiado fuera, venías por aquí de vacaciones, la abuela no te miraba bien...

—No era mi abuela.

—De acuerdo. Pero tú la llamabas así...

—Y sabía de sobra que el día que ella falleciera yo heredaría todo este imperio.

—Eso siempre la fastidió muchísimo, pero marginando lo que pudiera sentir la señora, te digo que yo te aprecio desde el principio. Dejaste todo en mi poder y creo haberlo llevado bien.

—Me pregunto por qué no has vuelto a casarte siendo aún guapa hoy a tus cuarenta y algunos más.

Jaly se alzó de hombros.

Vestía pantalones de montar, una camisa blanca y un pañuelo en torno a la garganta.

—Mi único marido fue un canallita insoportable. Y además yo no necesito marido para realizarme como mujer ni para mantenerme. Soy veterinario y gano más que suficiente trabajando por esta comarca y administrando tus bienes. Y si te queda alguna duda te diré que de vez en cuando me largo a la capital y vivo mi vida. ¿He de ser más explícita?

—Ni pensarlo. Te entiendo y te admiro. Continúa con el asunto de tu pupila. Porque pienso que teniendo tanto ascendiente sobre la difunta, has permitido que una chica de veinte años se pudra en un convento cerrada a cal y canto. Porque será muy suizo y lo que gustes, pero por los informes recibidos es también de una severidad ochocentista.

—Efectivamente —se condolió Jaly—, la pobre Matilde es más pura que una flor silvestre, solo que con una educa-

ción esmeradísima, unos modales exquisitos y una ingenuidad increíble que me dio rabia quitársela de encima.

—¿Y bien?

* * *

Jaly miró entorno.

El salón era un despliegue de comodidad y confort. Un poco anticuado quizá, pero con ese sabor de solera que agrada siempre. Los ventanales que bordeaban dicho salón, permitían ver todo el campo de trigo maduro, montones de personas recogiendo la cosecha de patatas y muy al fondo una hilera de casitas como cuarteles en los cuales vivían los trabajadores jornaleros fijos de la hacienda.

También se veían bosques y lejísimos una valla que bordeaba una especie de montículo en el cual se movía el ganado de lidia.

Allí dentro, en cambio, en el salón había una chimenea enorme apagada, muchos sofás, mesas y sillones, cuadros de firmas privilegiadas por las paredes, alfombras persas cubriendo el suelo y se diría que aquel mundo de elegancia, nada tenía que ver con las faenas del campo que se escuchaban desde el interior.

—Te has preguntado qué vas a hacer con respecto a esa jovencita.

—Te escuché, Carlos. Lo tengo bien pensado. Iré a buscarla.

—Y la traerás aquí.

—Exactamente, salvo que tú dispongas lo contrario. Sé que sabes mucho del campo, al fin y al cabo por algo eres Ingeniero Agrónomo, pero has vivido a borbotones por el mundo entretanto los demás cuidaban de tu patrimonio. Ahora has arribado y te encuentras con todo este tinglado. Yo te pregunto, ¿te vas a quedar o te irás de nuevo?

Carlos no lo sabía.

Había recorrido el mundo de parte a parte y poseía tanto dinero que la herencia de la esposa de su abuelo maldito si le alegraba. Era una carga más.

Por otra parte Jaly siempre la llevó honestamente, con habilidad y con justicia. La gente del contorno la amaba y la admiraba y hasta la adusta señora muerta, a su manera la había apreciado.

El quizá más que nadie. Jaly era una persona abrumadoramente sincera, abrumadoramente alegre y abrumadoramente afectuosa y para mayor «inri» abrumadoramente honesta.

—Por un tiempo me quedaré —decidió—. Al fin y al cabo ya estoy cansado de ir de un lado a otro y en el último safari que tomé parte, estuve a punto de ser devorado por un león, lo cual me dejó algo aterrado. Nunca me disgustó el campo y el ganado de lidia me fascina. Sí, Jaly, por un tiempo voy a quedarme.

—¿No has pensado en casarte?

Carlos hizo un gesto de horror.

—¿Casarme?

—Tienes demasiado dinero y ahora que te cayó encima este patrimonio, lo lógico es que busques un heredero propio, no vaya a pasarte como a la vieja dama difunta, que por no tener hijos de su marido, todo el patrimonio pasó a los herederos de su suegro.

—¿Y Matilde? Porque se apellida Navarro como la difunta.

—Pero no era abuela de Matilde. Era hija de una parienta que falleció al dar a luz y la difunta se quedó con ella y la educó a su manera.

—Manera de educar que tú no compartiste nunca.

No preguntaba.

Jaly dio una cabezadita.

—Si algo me descompones es encerrar a los pájaros cantores. Y eso fue lo que hicieron con Matilde, la metieron a

los ocho años en un convento rigurosísimo y ahora tiene veinte. Tú me dirás.

—La vieja tenía sus manías.

—Gordísimas, pero yo siempre se las toleré. Al fin y al cabo jamás dejé de considerarla una resentida —hizo un gesto vago—. Lo disimulaba bien, y en el fondo, muy en el fondo, no era nada mala. A ti mismo, solo con verte los veranos y sabiendo que un día heredarías todo esto, te apreciaba.

—Nunca me demostró tal afecto.

—Pero yo te digo que te apreciaba —sacudió la cabeza—. Pero bueno, nos apartamos de la cuestión. Debo cambiarme de ropa, subir al auto e irme al aeropuerto. Pasado mañana pienso estar de regreso con Matilde.

Carlos bebió lo que quedaba en la copa y chasqueó la lengua.

—Tú quieres a esa muchacha, ¿verdad, Jaly?

La aludida dio una cabezadita.

—Fui siempre la encargada de ir por Ginebra, sacarla algún día de paseo y en ciertos veranos hasta me permitieron viajar con ella. La última vez que la vi fue recién fallecida la anciana. Hace ahora justamente un año, cuando tú apareciste llamado por el notario a hacerte cargo del patrimonio. Recuerda que te hablé de la chica y te pregunté si pensabas continuar pagando el internado o sacándola de él.

—Te dije que lo seguiría pagando y que de momento no tenía deseo alguno de novedades en este imperio porque prefería hacerme con sus riendas solo.

—Lo has conseguido —aceptó Jaly—. Muy bien, Carlos. Pero ahora con esa carta hay que decidir y creo que ya lo hemos decidido.

—Por supuesto, si es como tú dices, no estorbaré. Que viva y despliegue sus alas. Para ella verse en un mundo abierto puede resultarle odioso.

Jaly se quedó pensativa.

Era una mujer aún bella, o muy bella si somos sinceros. Sus cuarenta y pocos años no los representaba. Delgada, esbelta, con la melena corta rubio oscuro, los ojos azules picarescos, una boca fresca y una sonrisa, casi, casi, pensaba Carlos imparcialmente, cautivadora.

Pensaba también que el capataz casado con ella debió de ser muy bestia para no apreciar lo que le tocaba por esposa.

Pero eso estaba muy lejos.

Él contaba veintisiete años y a los diecisiete ya era viuda Jaly. Es decir que su marido le duró menos de un año.

El que Jaly nunca más volviera a casarse y se dedicara a la administración de aquel patrimonio y a su profesión de veterinario lo entendió solo con el tiempo, cuando oía a Jaly hablar despectivamente del difunto marido.

—Me pregunto —decía Carlos marginando sus propios pensamientos— cómo es que me aconsejas a mí casarme y tú sigues ahí viuda y sin querer saber nada de ataduras.

—Pero es que yo ya pasé por el círculo del fútbol —rio divertida— y tú no entraste nunca. Además no todas las personas tienen la misma suerte.

—Yo soy un tipo independiente y afectuoso, Jaly, pero detesto los lazos corredizos. Prefiero vivir a mi aire y si la herencia tiene que pasar a otra familia, que pase. No voy a desgraciar mi vida por conservarla.

—Bueno —apuntó Jaly alzándose de hombros—. Lo mejor y más conveniente es que vaya a vestirme. Tengo el tiempo justo de hacerlo, subir al auto y tomar el avión que me llevará a Ginebra.

—No me has dicho aún si consideras que Matilde se adaptará a esto. Sale de un convento cerrado a cal y canto, pero este campo también tiene sus limitaciones.

—Es una persona enormemente ingenua, enormemente pura, enormemente crédula. La han educado de un modo severo, con una distinción esmerada, pero entiendo que la vida es algo más que eso. Confiemos en que aquí se des-

pabile. Por otra parte, el campo tiene sus limitaciones, pero la ciudad no está lejos y por la autopista se llega en seguida.

Alguien reclamaba a Jaly desde el patio y como aquella se iba a cambiar salió Carlos en lugar de ella.

Dos

El avión volaba hacia Madrid, para hacer corta escala y continuar a Sevilla.

Jaly fumaba entretanto leía la prensa del día. A su lado Matilde se limitaba a mirar en torno sin demasiado entusiasmo.

Jaly pensaba que Matilde no tenía mucha conversación, y en dialéctica estaba perfectamente bien, pero la recortaba de tal modo que era capaz de pasarse en silencio horas.

Tampoco eso la pillaba de sorpresa. La discreción y Matilde eran casi la misma cosa.

Para comprarle ropa en una boutique de Ginebra hubo de recurrir a toda su persuasión. Matilde lo aceptaba todo, pero no era fácil saber si le agradaba o no, así que terminó por vestirla como le gustaba a ella. Moderna y bien.

No necesitó llevarla a la peluquería. Tenía un pelo rubio, liso, natural, que peinaba con sencillez y le tapaba parte de la mejilla.

Unos ojos azules enormes y muy expresivos.

Jaly pensaba que Matilde no necesitaba hablar demasiado para hacer saber lo que pensaba, le gustaba o le disgustaba. Sus ojos hablaban por ella.

Alta y delgada, resultaba muy fácil vestirla y además tenía una elegancia propia y una clase que sin duda adquirió a través de doce años de internado o quizá, pensaba para ser justa, nació con ella.

Le había ofrecido fumar y Mat (ella siempre la llamaba así) le dijo sencillamente que nunca había fumado y no le interesaba aprender.

—Vivirás en una enorme finca. Ya no te acordarás de ella.

Las frases de Jaly rompieron un poco el silencio existente.

Mat dio una cabezadita.

—Poco.

—¿Recuerdas si te agradaba vivir allí?

—No demasiado.

—Tampoco has conocido nunca a Carlos Estévez.

Meneó la cabeza denegando.

Lo lógico, pensaba Jaly, sería que le preguntase quién era, pero Mat mantuvo los labios sellados.

Eran rojos y húmedos y no los había querido pintar cuando en la boutique le cambiaron el uniforme impersonal por aquellas ropas que parecían (cosa rara) haber estado siempre sobre su cuerpo. Es decir, pensaba Jaly, que tiene estilo.

Que es agradable, que todo le sienta bien.

—Carlos Estévez es ahora el dueño de la finca y todo el patrimonio.

—Ah.

—Pertenebió a su abuelo y fue pasando de padres a hijos, pero como resulta que tu abuela no los tuvo...

—No era mi abuela —dijo Mat sin atormentarse.

Jaly dio una cabezadita.

—Pero se comportó como si lo fuera.

—Cierto.

—¿Te gusta el campo o no te gusta el campo?

Mat hizo un gesto vago.

—De momento, no sé aún lo que realmente me gusta.

—No entiendo cómo has pasado en un convento doce años y no has estudiado una carrera.

—La abuela Inés lo decidió así.

—Pensaba con los pies, Mat. Yo con mis cuarenta y dos, a los veinte escasos ya era veterinario —sonrió apenas como si pretendiera darle confianza a Mat—. En aquella época estudiar una mujer y encima una carrera era un desafío social. Pero a mí me gustaba desafiar.

Matilde la miraba algo sonriente.

—Has hecho bien, Jaly.

—¿Y por qué tú no te rebelaste?

—Hay situaciones que te obligan y te sujetan. Yo aprendí idiomas. Domino cuatro.

Jaly casi dio un salto.

—¿Tantos?

—Sí. Y los escribo y leo correctamente.

La azafata decía por el micro que dejaran de fumar y se abrocharan los cinturones. Que el avión se detendría en los vuelos internacionales veinte minutos y que continuarían hacia Sevilla.

—Allí tengo el auto —murmuró Jaly—. De Sevilla a la finca hay unos quince kilómetros; por la autopista se llega en menos de un cuarto de hora sin apurar el acelerador. —Y sin transición—: ¿Sabes conducir?

—No.

—Y además de los cuatro idiomas, ¿qué más cosas sabes?

—Pinto, toco el piano bastante bien, tengo la carrera de piano, pero no me gusta demasiado. Monto a caballo y sé llevar una conversación discreta y elegante en una reunión.

Jaly pensó que todo eso lo aprendía una dando patadas por la vida y que no hacía falta para saberlo encerrarse en un convento doce años interminables.

—Las monjas dicen que no tienes vocación de monja.

Matilde distendió los labios en una sutil sonrisa.

—Tengo vocación de madre, de esposa.

Jaly se asombró.

—¿Sí? —interrogó casi divertida.

—Me gustan los niños —le explicó Mat con brevedad—. Últimamente el convento se iba abriendo a la vida moderna y montaron una guardería. Yo era la encargada.

—Es decir, que si quisieras te hubieras podido quedar en Ginebra trabajando de puericultora.

—Sí.

—Pero has preferido otra cosa.

El avión aterrizaba y se pegaba a los vuelos internacionales.

—¿Quieres bajar? —preguntó Jaly—. Si te apetece estiramos las piernas.

—Bueno.

Salieron y dieron paseos por el aeropuerto internacional.

—Si se te antoja algo para comprar, aquí todo es más barato.

—No necesito nada.

Jaly se fijaba en que miraban a Matilde.

Los hombres en particular.

Era una chica que sin ser guapa tenía algo que llamaba la atención. Su pelo, su esbeltez, sus ojos...

Cuando veinte minutos después se acomodaron en el avión y aquel remontó vuelo, Jaly dijo:

—Los colonos tienen hijos y siempre nos faltan maestros.

—¿Sí?

—Como te gustan los niños... Hay una escuela y la maestra falta cada dos días.

—La supliré si no os importa.

—Nos encantará.

—¿Te importará vivir con unas personas que no conoces?

Matilde la miró desconcertada.